

cho los indios de Valparaíso, que era de plata y oro, y habiendo llegado, hallaron que todo era nada, y pusieron al cerro por nombre, el cerro de Mercado, que le dura hasta hoy, y por ir á buscarle, pasando por la mayor riqueza que ha habido en el mundo, dejando muchas minas para otros que las poblaron no con tanta costa como él hizo en su busca, y de allí se volvió perdida la esperanza, y vino á pasar la ciénega de Sombrerete, donde halló metales, y tampoco hizo caso de ellos; y estando una noche bien descuidados en el campo, desarmados todos y sin sospecha de cosa alguna, dieron unos indios de Zayn en ellos, y le mataron á Santiago Champusón, herrero, y á un soldado llamado Juan de Cuellar, y hirieron á muchos y al capitán Ginés Vásquez de Mercado, y si no fuera por un negro suyo portugués, llamado Nicolás, que le hechó un colchón encima, le acabarían.

Pasado el suceso, á la mañana enterraron los difuntos en la ciénega de Sombrerete, y se curaron los heridos, y estando curando á un Antón Sanchez, vecino de Guadalajara, dijo: "Yo estoy bueno solamente de ver al señor capitán bien herido; estas son las banderas, cajas y pífanos de vuesa merced; que le dió Dios ventura en Xocotlán y también por acá, y no la ha querido conocer." "Vea qué venturoso va á riesgo de perder la vida," y con esto le dijo otras muchas libertades y en todas la verdad, á que el Mercado no le respondía más sino: "Decís verdad;" y así luego tomó su viaje para el Teutl ó Tuich, pueblo de Juan Delgado su compadre, y la gente se le fué toda, quedando él muy corrido y apesarado de lo sucedido.

CAPITULO CLXXIII.

En que se trata de la muerte del capitán Ginés Vásquez de Mercado y de otras cosas.

Año de
1553.

De la pesadumbre y enojo que tuvo Ginés Vásquez de Mercado, de que se le hubiesen ido los soldados, y de los malos sucesos, le dieron unas seguidillas de sangre en el pueblo del Teutl, y habiéndolo sabido su mujer, salió de la ciudad de Guadalajara á ver á su marido y curarle, y habiendo llegado, le hicieron algunos remedios, y juntamente le dieron una purga recia, con que luego al punto murió. Lleváronle á enterrar al convento de San Francisco del pueblo de Xuchipila, y con su muerte quedaron su mujer é hijos destruidos, con que se quedó lo del valle de Guadiana, Topia, Sinaloa y Chiametla, que era de la Galicia, así, y los oidores, visto el suceso, no trataron más de cosa, y porque luego vino una cédula de S. M. en que mandaba que ninguna persona pudiese hacer entradas entre los indios, ni dar comisión para ello sin su licencia; y como había soldados perdidos y baldíos, no trataban de otra cosa sino de cómo podrían vivir, así en la provincia de Etzatlán, como en la de Compostela y Ahuacatlán, un día se juntaron en Compostela trece ó catorce de ellos, que fueron Juan Rollón, Bernardo de Balbuena, Josef de Acosta, Juan de Brizuela, deudo del Lic. Oseguera, Juan Serrato, deudo de la mujer del Lic. Contreras; Bartolomé Mejía y otros, y hablando de las minas de Xocotlán, que Mercado había dejado, dijeron que eran ricas y que sería bien ir allá todos, por ser buena ocasión, pues allí andaban frailes de San Francisco asentando los indios de paz, los cuales eran Fr. Francisco Lorenzo y otro llamado Fr. Juan. Dijéronselo á los oidores, los cuales respondieron que ellos no podían dar comisión para que fuesen; pero que si querían ellos

ir, hiciesen su voluntad, con que se determinaron á ir diez y seis, llevando poderes de los señores oidores para tomar minas para ellos, y habiendo llegado todos al pueblo de Xacatlán, junto á Xocotlán, hallaron á los religiosos en unas chozas, y admirándose de ver que hubiesen entrado y no les hubiesen muerto, les dijeron á lo que iban. Los padres se holgaron mucho, por parecerles que si aquello se poblaba, se aseguraba la tierra, y dijeron que era cosa rica la mina de Mercado, porque Hernando de la Peña había ensayado los metales en Etzatlán y registrado la mina, de que no se holgaron los de Compostela, y viendo que otros habían ganado por la mano y con grande orgullo de pasar allá otro día, se recogieron para reposar, y aquella noche dieron sobre ellos más de seis mil indios y los mataron, y á los frailes con ellos, si no fueron cuatro ó cinco que escaparon, que fué Bernardo de Balbuena y un Zalaya, y Acosta, y Bartolomé Mejía y un negro de Balbuena.

Valladolid fué hecha ciudad. Este año se dió escudo de armas á la ciudad de Valladolid, en Mechoacán, á veintiuno de Julio.

CAPITULO CLXXIV.

En que se trata de la vida y glorioso martirio de los benditos PP. Fr. Francisco Lorenzo y su compañero Fr. Juan.

Año de 1554.

El padre Fr. Francisco Lorenzo, fué nacido y criado en la ciudad de Granada, de padres nobles: recibió el hábito de la Orden de N. P. S. Francisco, de edad de diez y ocho años. Antes de entrar en la religión dió cuenta de ello á sus padres, porque fuese con su beneplácito y bendición. Hízoseles de mal á los padres el intento del amado hijo, por no tener otro, y por-

que no lo pusiese por obra, ordenaron de casarle luego, y para ello buscaron una doncella de un noble ciudadano de aquella ciudad. Tratado el casamiento y entrambas partes señalado el día para las bodas, y puesto el vestido conveniente, el prudente mancebo se fué al monasterio de la dicha ciudad de Granada (que entonces era de la provincia de Andalucía) y en él recibió con mucha humildad el hábito de la religión.

Pasados algunos años en que vivió y conversó loablemente en los religiosos de aquella santa provincia, pasó á las Indias de la Nueva España, donde con celo de la conversión de las almas padeció inmensos trabajos, discurriendo á pié y descalzo de día y de noche, por tierras nuevas y calurosas, donde hay infinidad de diversos mosquitos muy penosos y nocivos, y caminos fragosos, espantosos de ver y difíciles de pasar, y tierra de mucha aspereza, y tan encumbrada, que parece que sustenta á los cielos. No descansaba este varón aun en tiempo de invierno, que oírlo causa admiración, por los crecidos y corrientes rios y profundas barrancas; todas estas dificultades vencía el insaciable deseo que el siervo de Dios tenía de libertar tanta infinidad de almas de la opresión del demonio, ofreciendo y poniendo á todo riesgo su vida temporal por acarrear al prójimo la eterna; esto solo por amor del prójimo y la caridad.

Causaba espanto á los indios su tolerancia, paciencia y sufrimiento, viendo que con serles natural á ellos el andar á pié y descalzos por caminos ásperos y pedregosos, no podían tener con él, y hizo notable fruto en la conversión de los indios infieles con su predicación, vida, ejemplo y loables costumbres, y destruyó en muchas partes la idolatría con sus ritos y sacrificios gentílicos; era austero en el tratamiento de su cuerpo y por eso sufrió mucha hambre, sed, cansancio, frío y calor, y muchas persecuciones y contradicciones que el demonio le acarreó. Su vestido era su solo hábito y manto; tenía de noche hora y media de oración mental, en la cual era muy ferviente, y jamás la dejó por cuanto pudiese estar fatigado del camino. Estaba poco tiempo en el convento, porque su principal ejercicio era convertir y traer almas al verdadero Dios y poner en pueblos

y policía la gente convertida, haciéndoles imágenes para que con ellas se acordasen de Dios y le adorasen. Derrocó muchos templos de ídolos, y le hubieran muerto muchos veces por ello, si Nuestro Señor no le hubiera guardado por obra tan pía cuando andaba ocupado en la conversión de los indios, acompañado de otro religioso. Dormía siempre en el campo y acaecía muchas veces llegar á donde habían de descansar, bien fatigados del camino, por haber andado cerros y tierras mojadas de las aguas, desmayados de hambre y á media noche, y el descanso del siervo de Dios, Fr. Francisco, era rezar luego sus maitines y tener su hora y media de oración mental, y para dormir, el manto le servía de colchón y frazada, poniendo la mitad de él debajo y la otra mitad encima, y un manojo de yerbas le servía de cabecera. La mesa y manteles en que comía, eran un petate ó estera puesto en el suelo, y los manjares, un poco de maíz tostado que los indios llaman cacalote.

Edificó este santo religioso el monasterio de Ahuacatlán y fué el primer guardián que en él hubo, teniendo por su individuo ó compañero y en sus peregrinaciones, á Fr. Miguel de Estivales, de quien se trató arriba, y lo primero que en este pueblo hicieron, fué poner escuela para enseñar la doctrina cristiana á todos los niños de aquella provincia, y también puso escuelas en Ahuacatlán, conforme á la costumbre que todos los religiosos han tenido.

Habiéndose alzado los indios moradores de Ahuacatlán y remontándose por las serranías, el bendito Fr. Lorenzo dijo á su compañero que se serviría mucho Nuestro Señor, en que comenzasen á sembrar su divina palabra por aquellas sierras donde los indios andaban remontados, y habiendo congregado diez y seis pueblos de paz y edificado muchas iglesias, partieron para Ahuacatlán, provincia poblada de indios bárbaros y la gente más feroz y cruel que se conocía en toda la tierra. Congrególes Fr. Francisco en cinco pueblos, en los cuales fundaron iglesias y pusieron doctrina, y con esto se volvieron al convento, y después de haber descansado algunos días, partieron para ir á ver á los indios bárbaros, llamados *texoquines*, que son los de

la tierra de Ostotipac, donde derribaron un ídolo del sol; y aunque al principio los indios habían huido y después de haber venido, dijeron que de temor de los españoles se habían escondido, por ser gente codiciosa que los maltrataba por sacarles oro y plata; bautizáronse todos y los congregó en un pueblo, y hizo levantar una iglesia á honra del apóstol Santiago, y les dió una imagen del mismo santo, y de aquí pasaron á otro pueblo de la misma lengua y habiéndoles predicado y bautizado, porque estuvieron con ellos algunos días, edificaron una iglesia con título de "Angel San Miguel," y les dieron para ella una imagen del mismo santo; y de allí fueron á otros cinco pueblos en los cuales plantaron la fé y edificaron iglesias, y dejando bien instruidos los indios, se volvieron á su convento, de donde después de algunos días volvieron á Ahuacatlán, donde les dieron noticia cómo un indio poderoso y valiente, y muy enemigo del nombre santísimo de Jesucristo, con una compañía de otros tales, los habían de venir á matar, y que les rogaba se fuesen, lo cual hicieron, y el indio vino con su cuadrilla, y no hallando á los frailes ni á los indios cristianos, quemaron cinco pueblos y cinco escuelas á donde los religiosos enseñaban la doctrina á los indios, y mataron seis niños que habían quedado para guardar de las escuelas; y habiendo sabido otro día el santo Fr. Francisco Lorenzo lo que había pasado, de que recibió mucha pena, y de allí á algunos días se volvió al mismo pueblo y congregó los indios de los cinco pueblos y reedificó las escuelas y asentó de nuevo las cosas de la fé, después de lo cual Fr. Miguel de Estivales le aconsejó que se fuesen de aquella tierra, pues era tan peligrosa, y que los indios andaban por matarlos; que advirtiese los grandes beneficios que con su vida se seguían á toda la iglesia y lo mucho que importaba su vida, por falta de ministros que había, á lo cual el bendito padre respondió: "Bien sé que estos indios me han de venir á quitar la vida; mas por eso no he de dejar de evangelizar la palabra de Dios para que los indios vengan á su conocimiento." Fr. Miguel le volvió á decir que, con todo eso, procurase dejar aquel valle y no tentase más á Dios, á que el bendito padre respondió con

alguna indignación, diciendo no se tratase más de aquella materia, que le daba mucha pena; y así el siervo de Dios perseveró mucho tiempo con aquella gente, y después de haber hecho mucho fruto, dejando bien asentadas las cosas de la fé, dió su vuelta al convento de Ahuacatlán, de donde partió á ver los indios texoquines con su compañero Fr. Miguel, y habiendo llegado, predicaron, y tales cosas dijeron á los naturales, que, dejados los ídolos, recibieron todos con mucho gusto nuestra santa fé y se bautizaron infinitos y hecharon por tierra sus ídolos. Fundaron allí cuatro pueblos con sus iglesias y otras cuatro escuelas, y dejándoles una imagen de N. P. San Francisco, se volvieron á su convento.

CAPITULO CLXXV.

En que se trata cómo el P. Fr. Francisco Lorenzo y su compañero pasaron á la provincia de los Frailes, y lo que les sucedió en este viaje.

Año de
1554.

Algunos días después pasaron á la provincia que llaman de los Frailes, porque los indios traían coronas grandes, abiertas, á manera de frailes; y antes de llegar á esta provincia, llegaron al Valle de Banderas y no quisieron entrar en él, porque los españoles tenían muchos indios ocupados en labrar los cahuatales y no gustaban de su venida porque no los juntasen en aquel valle y porque no los acabasen con sus vejaciones, como después lo hicieron, por lo cual se quedaron en la falda de la sierra, y allí juntaron siete pueblos y les predicaron y bautizaron y hicieron iglesia, y pusieron doctrina, y pasaron á la provincia de los Frailes, y habíanse aposentado en el templo del sol, que era el más principal que ellos tenían, á donde

vinieron muchos indios, y este bendito apóstol les declaró la causa de su ida, á que respondieron que se holgaban mucho de su llegada y de ser cristianos, mas que no querían que entrasen españoles en sus tierras, asegurándoles de esto los religiosos, y con esto edificaron en el pueblo, habiéndoles dado la traza y una iglesia; y en el valle donde esta gente estaba, fundaron otros seis pueblos y hicieron iglesias, y otros seis en su contorno con seis iglesias; y al primer pueblo le dieron una imagen de San Antonio, y á todos los otros también dieron imágenes, que siempre iban proveidos de ellas; y de aquí pasaron á otros indios llamados los coronados, que eran llamados así porque traían coronas como nosotros, y eran enemigos suyos. Y al primer pueblo donde llegaron fué á Chacala y anduvieron toda aquella tierra y convirtieron diez y ocho pueblos con el de Chacala, y llegaron á Moxicotlán, donde tenían los indios recojidos todos los ídolos de aquella tierra, donde acudían á hacer sus ritos y sacrificios. Aposentáronse en la casa del ídolo del sol y los quemaron, y partiéronse de allí y entraron unos indios los cuales les dijeron que les querían matar. Encomendáronse á Dios muy deveras, y cojiendo el bendito Fr. Francisco un Santo Cristo, lo puso en la tierra, y hincados de rodillas, se encomendaron á él, y cuando estaban aguardando que los matasen, habiendo alzado un alarido los indios diciendo: "¡Mueran, mueran los enemigos de nuestros dioses!" y enarcados los arcos para flecharlos, Dios, que suele tocar los corazones, mudó los de estos bárbaros, de suerte que, en vez de disparar las flechas, dejaron caer los arcos de las manos y se sentaron en tierra, que es señal de paz entre estos bárbaros, y se mostraron más mansos que corderos. Visto esto por el muy reverendo padre Fray Francisco, les hizo una plática predicándoles la fé cristiana y divina ley; recibieronla con mucho gusto y les dió el santo bautismo y convirtió infinitos millares de indios, los cuales les dijeron que se holgarían que los religiosos estuviesen con ellos y los visitasen; mas que no querían que los españoles entrasen, y que la causa porque los habían querido matar, era porque se recelaban que luego habían

de venir tras ellos los españoles, y queriendo partirse para su convento, los indios les rogaron que se quedasen con ellos. Ellos dijeron que era imposible por entonces, porque había mucho tiempo que andaban fuera de su convento, y era necesario acudir á todo; y así se volvieron.

No se puede encarecer la alegría y regocijo espiritual con que los pobres religiosos de aquel santo convento de Ahuacatlán recibieron en él á su santo fundador, y en especial el padre Fr. Antonio de Segovia, custodio que era de la provincia, porque los juzgaban por muertos, y así mandó por santa obediencia al padre Fray Francisco Lorenzo no volviere más á tierras tan remotas y apartadas, que había tardado en esta jornada tres meses. El siervo de Dios, postrado en tierra, aunque sintió mucho el mandato de su superior, obedeció, y en breve tiempo, con su licencia, dió vuelta por otras provincias cercanas, juntamente con su compañero Fray Miguel. Llegaron á los pueblos de Amaxocotlán donde fueron recibidos de sus discípulos con mucho contento.

Guardaba el santo Fr. Francisco este modo en el bautizar, que á los niños luego los bautizaba, y á los adultos catequizaba y enseñaba la doctrina cristiana primero. Usaban estos indios de Maxocotlán traer barbas postizas, hechas de oro, plata ó cobre, presas con unos clavitos algo largillos que tenían una cabezuela, y poníanse dos órdenes de ellas en el contorno de la boca; y mandoles el santo Fr. Francisco que se quitasen estas barbas, lo cual ellos hicieron sin dilación, y del oro, plata y cobre que de ellas salió, hicieron diez y siete campanas de á quintal, para diez y siete iglesias que el siervo de Dios fundó, y les hizo traer todas las cosas que tenían sacrificadas y ofrecidas á los ídolos y en presencia de ellos las quemó; y volviéndose para su convento pasaron por Cacalutla, donde bautizaron infinitos indios niños y cuatrocientos grandes, habiéndolos primero catequizado é industriado en los ministerios de la fé. De allí fueron adelante á los texoquines, y porque se decía que algunos sacerdotes de los ídolos andaban alzados por los montes, donde tenían su casa de idolatría y sa-

crificaban con mucho escándalo y peligro de los recién convertidos, fué allá Fr. Miguel de Estivales por mandado del santo Fr. Francisco Lorenzo, y llegando á la casa de los ídolos, donde los sacerdotes estaban, se puso á la puerta, y invocando el nombre del Señor, los mandó salir fuera, y como iban saliendo, uno á uno les fué atando las manos, y uno de ellos le dijo al padre que era cristiano bautizado y se llamaba Juan, y que sólo había llegado allí á llevar de comer á aquellos sacerdotes del templo, y á este indio no ató, antes le mandó le ayudase á atar á los demás, y así lo hizo. Bajólos de esta manera al llano á la presencia de su guardián, y juntos los benditos religiosos, dieron gracias á Dios por haber dado á su siervo aquella victoria, y llevaron los indios al convento de Ahuacatlán, á donde los tuvieron un mes enseñándoles la doctrina cristiana y cosas de nuestra santa fé, y después les enviaron á sus pueblos encargándoles mucho el cuidado de la doctrina y de los muchachos y mancebos y que cada día recojiesen los niños en la iglesia para enseñárselas, porque así como habían sido ministros del demonio para su condenación, lo fuesen también ahora del verdadero Dios para su salvación.

CAPITULO CLXXVI.

En que se trata cómo prosiguieron en su ministerio los benditos padres y fueron muertos los santos Fray Francisco Lorenzo y Fray Juan en Cacalutla. [1]

Año de
1554.

El año de mil y quinientos sesenta y ocho fué por guardián de dicho convento el P. Fr. Gerónimo de la Cruz.

(1) Se advierte en el original un claro de cuatro fojas.